

1

Una coz, Aladín dio una coz y Javier se asustó. Estaba Aladín atado por el cabezal junto a Torero. La cabeza dando bandazos, tirando de las riendas que le sujetaban a la baranda. Animal herido. Javier se acercó y pasó por detrás de Aladín. Torero estaba tranquilo sin embargo, masticando heno amarillo. ¿Cómo un caballo se podía desbocar mientras Torero a su lado estaba tan tranquilo?

Hacía calor, un calor de Julio de 45 grados. Aladín apenas tenía pelo —se le había caído la pelusa del invierno— era de un pelaje tiznado de marrón oscuro, tenía la grupa muy desarrollada. La cabeza dando bandazos. El abrevadero salpicando agua sucia.

Torero agachaba la cabeza para beber cuando cesaba de masticar heno. Pero Aladín estaba desbocado. Viraba de lado a lado: sus músculos se estiraban tensándose. La sangre estaba formando un charquito sobre la tierra seca. Torero viró la cabeza para otear mejor a Aladín por si tuviera que protegerse para esquivar una coz. La sangre fluía de su pierna izquierda trasera. Los cascos rebotaban en la tierra seca y dura. Javier desconocía el peligro de pasar por detrás de un caballo desbocado. El Mozo se acercó.

—Sal de ahí.

Javier se apartó sin perder de vista con el rabillo de los ojos a Aladín: bajó la mirada hacia la herida, era profunda. Aladín se estaba

volviendo loco. Coces y más coces. La furia de un animal bestial enfurecido. Cada vez más exaltado.

Torero hizo un ademán y movió su cuerpo hacia un lado para apartarse como si le hubiera entrado miedo a él también.

El Mozo llamó a la veterinaria Alicia.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Javier— sin saber qué habría que hacer en estos casos.

Por un momento Javier vio que la fuerza de Aladín era tremenda y que las riendas estaban a punto de partirse.

—Que de momento no le eche sal. Acércame la manguera.

Javier miró a su alrededor pero no la encontraba, hacía poco que había comenzado a ir a la Hípica y nunca se había fijado en el grifo que llenaba el abrevadero. Por fin lo encontró: cogió la manguera y abrió el grifo.

Las manos llenas de mugre del Mozo tiraron de la manguera. El agua salió disparada hacia la herida. Parecía que borboteaba mucha más sangre. El agua no estaba sirviendo de nada pues vio a Torero asustarse aún más. La furia de Aladín había aumentado haciendo movimientos de derecha a izquierda con la cabeza. Los pelos de la crin erizados. Torero recibió una coz pero no respondió con otra. Simplemente se alejó. Sabía que no había nada mejor que hacer, que en la pelea con un caballo desbocado perdería. Javier dio tres pasos hacia atrás. Le entró miedo.

El agua no estaba sirviendo de nada —la herida sangraba más y más— se había formado un charco más grande de color rojo oscuro casi negro.

El Mozo volvió a llamar a Alicia.

—Échale sal.

El Mozo esparció un saco de sal sobre la herida y por fin la sangre dejó de brotar. Aladín dio una coz tremenda al aire como para protegerse de algún enemigo invisible como si se estuviera protegiendo de un depredador. Pero no había ningún animal detrás que

quisiera atacarle. Aladín no sabía esto, no lo podía saber. Su vista de 360 grados no veía el peligro, pero no estaba seguro de que no hubiese algo parecido a un león detrás.

Javier comprendió: «tiene miedo». Miedo porque no puede huir. Aladín entonces se calmó. La sal había cauterizado la herida. Torero se acercó.

—Alicia está de camino, yo creo que mañana ya estará listo —dijo el Mozo— me ha dicho que esperes, que montas a Torero. Apenas Javier pudo escuchar nada. Pero entendió Torero. El Mozo mascaba tabaco escupiendo saliva.

—Dile a Alicia que me voy.

Alicia era monitora de doma y veterinaria. Sabía que tendría que coser a Aladín antes de que nadie pudiese montarlo de nuevo.

El motor del Nissan Pixo arrancó y Javier cogió la carretera del Pardo que llevaba a Madrid. Ese día no dio clases. Sin Aladín no quiso montar.

Javier era ingeniero electrónico, estaba inmerso en un proyecto de investigación sobre *redes neuronales*. Analizaba el software para desentrañar el entresijo del cerebro humano. Eran los efectos de la *dopamina* sobre el cerebro lo que rondaba su cabeza en ese mes de Julio de calor insoportable. La inteligencia artificial era algo más que un programa informático. No era fácil conseguir un estado de conciencia que diera lugar a un *Yo* sin en el que las emociones y los sentimientos estuviesen presentes en un cerebro artificial. No le gustaba la palabra *robot*. Usaba las palabras *Ser Semejante*. Pero no conseguía desentrañar la *sinapsis* de la *dopamina*. Se estaba obsesionado con dar respuesta a cómo un *neurotransmisor* —algo tan químico— podía controlar los estados de alegría y placer de los *Seres Humanos*. Los procesos de satisfacción y de recompensa. Programar esto era complicado. La función de salida de la *red neuronal* no terminaba de funcionar. Tenía que definir el sistema electrónico. El cómo sería la salida

ante los impulsos de excitación de entrada al sistema. La función *Delta*, así la llamaba Javier. Un impulso que generase una curva exponencial con el menor número de oscilaciones y armónicos. Un sistema retroalimentado positivamente para llegar a la acción de la *dopamina*.

Se imaginaba a Aladín. El cerebro de un animal. La *noradrenalina* asociada a la *dopamina*. ¿Y si era imposible desentrañar el misterio?

Se levantaba de la silla de la mesa donde trabajaba, luego pasaba a la terraza para encender un cigarro. Las farolas de la calle estaban ya apagadas y la luz de la aurora empezaba a iluminar la noche. Aladín. «¿Eran las personas capaces de enfurecerse hasta ese punto?», «¿qué relación había entre los caballos y los seres humanos?». Todo era un proceso de la evolución. Las personas no necesitaban tener una vista de 360 grados para divisar a depredadores. «¿O sí?». Se quedó con esta idea. Ya eran las 10 de la mañana y Sonia estaría a punto de despertarse. Habría que darle el desayuno: Cola Cao con galletitas de nata. No le gustaban los zumos de naranja. Por más que Javier dijera: «¿quieres un zumo hoy?», ella siempre contestaba: «no solo galletas de nata».

Sonia seguía lo mismo, pasaban los días y seguía lo mismo. Dormía en la habitación de al lado separada por un tabique de pladur —como a Javier le gustaba trabajar con música de los *Rollings Stone* ponía la cadena de música de su habitación lo más baja posible por temor a que se despertara—. A veces a media noche le despertaba un llanto estremecedor; imparable; trémulo. Esas noches Javier no podía dormir. Salía de la cama disparado hacia la habitación de Sonia. Chocaba con alguna que otra pared adormilado por el cansancio del día anterior. Llegaba a ella y la encontraba arremolinada entre una sábana azul claro hecha un gurullo con sus brazos y piernas blanquecinas de niña. Yacía en la cama estirándose

y contorneándose a lo largo del colchón, moviéndose inquieta; trémulamente. Javier se acercaba a ella:

—Tranquila Sonia estoy aquí. Aquí contigo.

Pero estas palabras no hacían más que aumentar la pena y su rabieta. Le acercaba un peluche —un oso de pelo ocre y ojos verdes acristalados— Sonia lo apretaba con sus manos frágiles: lo agitaba y después lo tiraba malhumorada al suelo. Javier afligido la cogía en brazos y le atusaba el pelo hecho hilachos entre castaño y rubio que estaba enmarañado. Pero no había forma: no cesaba de llorar y no había calma. Javier encendía la luz por ver si era la oscuridad lo que la afligía, pero entonces entre llantos decía: «apaga la luz», así que Javier la apagaba y la mecía mientras ella daba pataletas. De vez en cuando dejaba de llorar, entonces Javier se aliviaba pero al rato Sonia regresaba a un estado de desasosiego. Le observaba con ojos hipnotizados e incontrolados.

—Ea, ea, ya pasó.

Ella metía la cabeza debajo de la almohada —su cuerpo pequeño, delgado y frágil —entonces de repente se tranquilizaba.

—Enciende la luz. Dame a Peto —Sonia se abrazaba a las costuras gastadas de Peto y recuperaba el sueño. Javier le daba un beso en la mejilla y se quedaba dormida en un sueño profundo.

Pero una noche Javier se inquietó mucho y estuvo a punto de llamar al médico. Sucedió por lo de la bomba. Aquella noche se desesperanzó y sintió una absoluta incapacidad para ayudarla. Maldijo la guerra en Ucrania. Sonia estaba llorando de rabia: su ánimo estaba siendo bombardeado. Javier alzó la vista a la luz de la lámpara sin encontrar consuelo y también estuvo a punto de llorar, pero se rehízo acercándose a Sonia con voz segura aunque trémula —sin perder de vista el lamento de los muertos de Kiew del día de la bomba—. Sonia incalmable: triste, dolorida, imaginando monstruos negros y humeantes. Javier suspiró y con voz segura pero quebrada dijo aquel día: